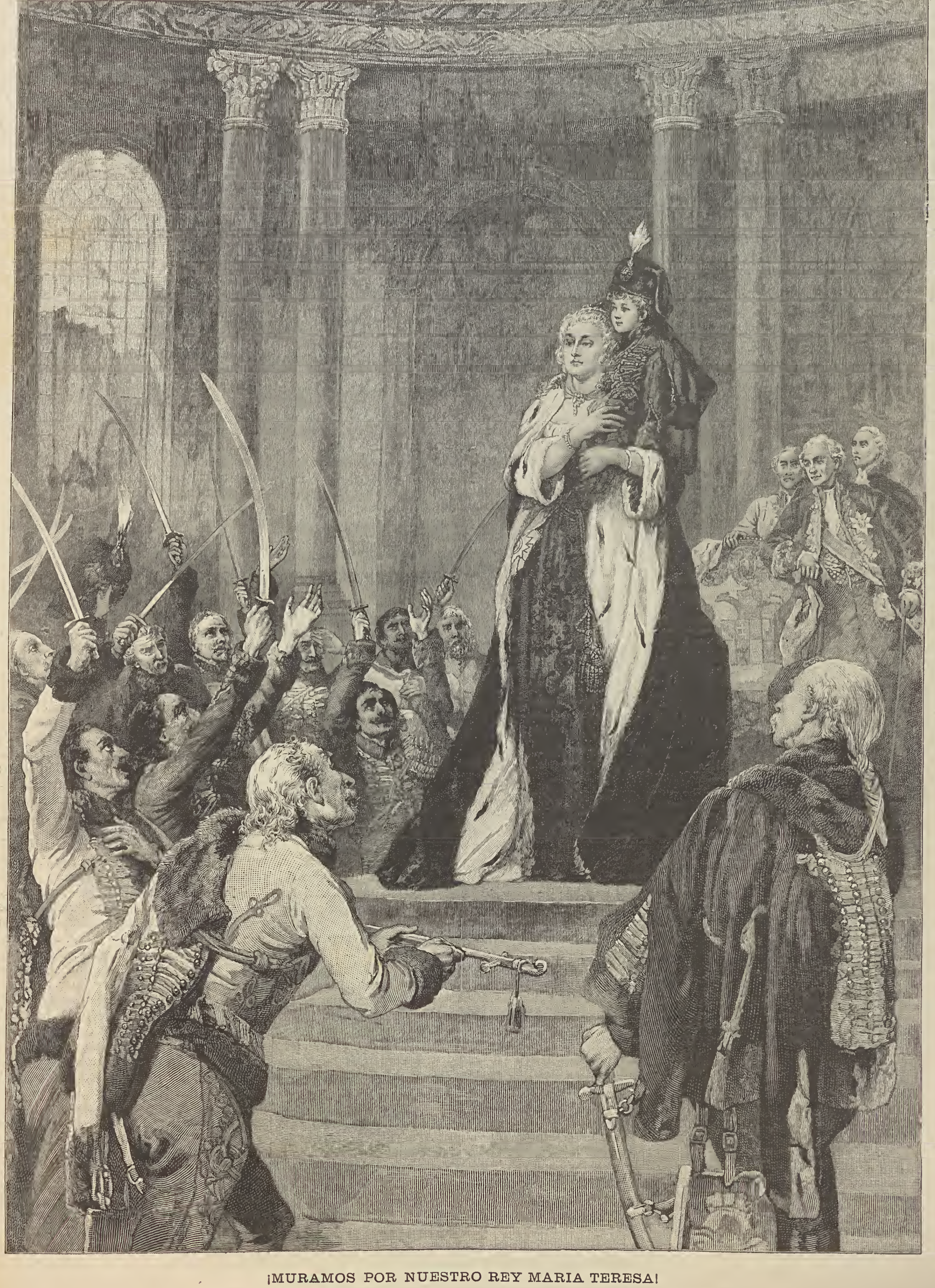
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VIII — BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1889 — NÚM. 416



¡MURAMOS POR NUESTRO REY MARIA TERESA!
celebrado cuadro de Laslett J. Pott, expuesto en la Real academia de Londres

SUMARIO

TEXTO. – *Nuestros grabados.* – *¡Sin corazón!* por don F. Moreno Godino. – *¡Fuego al juego!* por don Julio Monreal. – *Noticias varias.*
GRABADOS. – *¡Muramos por nuestro Rey María Teresa!* cuadro de Laslett J. Pott. – *Orillas del Lérez (Pontevedra)*, estudio al carbón de don B. Galofre. – *Viaje alegre*, cuadro de Alfredo Kobalski-Wierusz. – *Segadoras*, cuadro de Alfredo Seifert. – *Aves de rapiña*, cuadro de Felix Eybel. – *Fiesta de San Bartolomé en Sitjes*, cuadro de Felipe Masó. – *En las lagunas*, cuadro de Meifrén. – *La vendimia*, jarrón fabricado por M. Minton y C.ª según dibujo de M. Solon.

NUESTROS GRABADOS

¡MURAMOS POR NUESTRO REY MARIA TERESA! cuadro de Laslett J. Pott

Expuesto en la Real Academia de Londres

El autor de este cuadro se ha inspirado en el tan conocido incidente ocurrido en el Parlamento húngaro en 11 de setiembre de 1741 cuando María Teresa hizo un apasionado llamamiento á sus leales vasallos para que defendieran el reino contra la formidable invasión de los aliados que capitaneaban los prusianos. Entusiasmados por las dignas y patrióticas frases de la reina, conmovidos ante la presencia del inocente cuanto querido príncipe que vestido con el traje nacional llevaba en sus brazos la soberana, los nobles magiares juraron defender y proteger al tierno infante y como movidos por un resorte pronunciaron todos á una la famosa frase *¡Moriamur pro rege nostro María Theresia!* (¡Muramos por nuestro rey María Teresa), votando inmediatamente la «Insurrección» ó sea el armamento general de Hungría.

Gracias al patriotismo que tan bien supo excitar la reina y la madre y á los heroicos esfuerzos de aquel pueblo que juró antes morir que sojuzgarse al extranjero, pudo María Teresa conservar la corona húngara y transmitirla al que fué más tarde emperador José II.

La majestuosa figura de la soberana, la inocencia y belleza del archiduque José, que á la sazón contaba seis meses, y las dramáticas actitudes de los fieles y bravos magiares han sido tratadas por el pintor inglés con perfecto conocimiento de la escena y de los distintos sentimientos que á los personajes animan.

ORILLAS DEL LÉREZ (PONTEVEDRA), estudio al carbón de D. B. Galofre

En su guía de Galicia dice D. Cesáreo Ribera: «El Lérez cuyo nombre de blando sonido recuerda á los ríos mitológicos, ofrece en sus márgenes deliciosas bellísimos modelos al artista. Una excursión fluvial río arriba hasta el lugar llamado *La Cascada* es de las más agradables que se pueden hacer en esta hermosa tierra de Galicia.» Nuestro ilustre compatriota ha hecho buena la afirmación del referido escritor reproduciendo con su acostumbrada maestría un rincón de esas poéticas riberas cuya vegetación exuberante se refleja en las cristalinas aguas del manso río.

En presencia de este hermoso estudio nos explicamos la *morriña:* quien en medio de tantas bellezas se ha criado ¿cómo no ha de sentir horrible nostalgia estando lejos de ellas?

Dícese que á los que de *morriña* padecen se les alivia y aun se les cura haciéndoles oir los aires de su tierra tocados por la gaita gallega: nosotros creemos que el dibujo del Sr. Galofre podría producir iguales resultados, que si el corazón del ausente se ensancha y alegra al escuchar las dulces melodías de la muñeira, no menos se dilataría y regocijaría contemplando reproducida del modo maravilloso que lo ha hecho el artista la poesía encantadora del bosque, del río, del monte, de la aldea, testigos que fueron de sus juegos, de sus amores, de sus dichas y de sus penas.

VIAJE ALEGRE cuadro de Alfredo Kobalski-Wierusz

(Primera Exposición anual de obras artísticas de todas las naciones celebrada en Munich, 1889)

La alegría que la primavera comunica á los campos ha invadido también los corazones de los dos jóvenes aldeanos polacos que montados en su tosca *pritschka* y ajenos por completo á cuanto les rodea, procuran hacer más corto el camino prodigándose las más tiernas caricias. Por fortuna para ellos, los dos robustos caballos que tiran de la rústica carreta conocen el terreno palmo á palmo, y no haya miedo de que se desvíen un ápice de su ruta á pesar de las bruscas sacudidas de las riendas que harían desesperar á otros animales que no estuviesen tan acostumbrados como ellos á sentirlas cada vez que la mujer se encarga de guiar el vehículo, dejando por ende al marido libres las manos para rodear su talle, mientras sus labios roban un beso á sus frescas mejillas.

Kowalski ha pintado un cuadro lleno de gracia por su intención, de composición sobria y de ejecución bellísima: la vasta y un tanto árida llanura acusa un notable conocimiento de la perspectiva y un dominio de los recursos de que dispone el arte para suplir en los cuadros la luz y el aire de la naturaleza.

SEGADORAS, cuadro de Alfredo Seifert

(Primera Exposición de obras artísticas de todas las naciones celebrada en Munich, 1889)

Hay cuadros que por la sencillez de sus asuntos y por su carácter impresionista exigen del que quiere apreciarlos debidamente un examen tranquilo, atento, minucioso porque el efecto que han de causar es una sensación producida por infinidad de detalles, algunos de ellos á primera vista insignificantes sino indiferentes. A este género pertenece el de Seifert titulado *Segadoras:* el regreso de las aldeanas después de cumplida su pesada tarea, los pequeños y animados grupos en que aquéllas charlan y bromean, la suave luz de los últimos momentos de una tarde de verano, todo se junta en una dulcísima armonía que el artista ha sabido sorprender y reproducir creando una obra delicada como un idilio, pero como un idilio sin convencionalismos, arrancado de la gran maestra del realismo en el arte, de la naturaleza.

AVES DE RAPIÑA cuadro de Felix Eybel (grabado por Bong)

Allá en el fondo una bandada de repugnantes pájaros que revolotean en torno de la horca, en primer término dos merodeadores que llevando sobre sus monturas abundante botín huyen á uña de caballo del teatro de sus fechorías, dejando en pos de sí la muerte, la deshonra y el pillaje: un cielo plomizo y preñado de nubes apenas iluminado en el lejano horizonte por los últimos reflejos del sol poniente y un terreno yermo, despoblado y triste completan este cuadro de interesante realismo, en el que las verdaderas aves de rapiña no son sin duda las que hambrientas se disputan los últimos despojos del infeliz ajusticiado, sino los dos malhechores de siniestro aspecto que se gozan en referirse los detalles de sus sanguinarias hazañas y llevan su cinismo hasta el extremo de hacer burla del instrumento de muerte en que quizás algún día hallarán castigo sus horribles crímenes.

FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ EN SITJES, cuadro de Felipe Masó

Comprendemos que un pintor, y un pintor tan notable como nuestro distinguido paisano, se haya enamorado del asunto que sirve de tema á este cuadro: la villa de Sitjes, una de las más pintorescas poblaciones de nuestra hermosa costa, se engalana como pocas con motivo de su fiesta mayor y despliega en todas las funciones que con ocasión de la misma celebra una magnificencia y un gusto en que casi ninguna otra población de su categoría la iguala. La tradicional procesión de San Bartolomé es uno de los principales episodios de la fiesta y con ocasión de ella anímanse las calles, puéblanse los balcones y las azoteas de lindas jóvenes elegantemente prendidas y forma todo ello el hermoso espectáculo que tan fielmente ha reproducido Masó en su pintura llena de mil primorosos detalles y de innumerables bellezas de composición, de dibujo y de color.

EN LAS LAGUNAS, cuadro de Meifrén

El tema principal del cuadro de Meifrén que hoy reproducimos es, como en casi todos los de este pintor, el agua; pero ¡cuán distinta nos la presenta ahora de la que estamos acostumbrados á admirar en otras obras suyas! No es el mar encrespado levantando montañas coronadas de espuma cuya blancura contrasta con el tono rojizo de las aguas, no es la playa suave en donde van á morir las azuladas olas que allá lejos, en el horizonte, riza una brisa ligera; no es la belleza en lo grande, no es la sublimidad en lo infinito; es el agua mansa, encharcada, prisionera, es la dulzura de la calma, la poesía de un paisaje tranquilo animado tan sólo por una vegetación pobre, por unas cuantas vacas y por dos molinos cuyas aspas destacan sobre un cielo límpido, única nota alegre en esa pintura que Meifrén ha ejecutado con la habilidad que le es propia y con la delicadeza que hace tan simpáticas cuantas obras llevan su firma.

LA VENDIMIA. Jarrón fabricado por Mrs. Minton y Compañía según dibujo de Mr. Solon

(Exposición Universal de París)

Este jarrón que, como otros que llevamos publicados en anteriores números, figuraba en la sección inglesa de la última Exposición Universal de París, representa el antiguo procedimiento para fabricar el vino y en él se ven varias ninfas recogiendo uvas mientras otras vacían sus repletas cestas en una cuba en donde tres graciosos amorcillos pisan los racimos. La composición de este grupo, así como el de la cara opuesta á la que reproduce el grabado formado por varias tazas de las que salen lindos geniecillos, es delicadísima: las figuras son un modelo de gracia y el follaje de pámpanos constituye una ornamentación dispuesta con gusto exquisito que el procedimiento de pastas sobrepuestas hace resaltar sobre un fondo obscuro dando gran realce á los bellísimos detalles que en la obra abundan.

SIN CORAZON!

I

Carmen, delante de un espejo, daba la última mano á su traje de amazona; su padre, el marqués de Guadalimar, sentado en su sillón, la contemplaba con delicia.

La jóven arregló con coquetería su sombrero de flexible castor, bajo del que caían sus largos y sueltos cabellos castaños, envolviéndola como un velo tupido, al que el sol de la mañana teñía de ráfagas luminosas. Se puso sus guantes de gamuza que no bastaban á desfigurar las aristocráticas líneas de sus finísimas manos, y tomando un látigo que había sobre un velador, se aproximó á su padre, diciendo:

– ¿Estoy bien, papá?

– Estás como siempre, encantadora, – contestó el anciano. – Cuando te vea tu primo acabará de volverse loco.

– ¡Pero, papá! – exclamó Carmen, haciendo un gracioso mohín; – ¿es posible que nunca me has de hablar más que de mis pretendientes?

– Mira, Carmen,—repuso el marqués, – aprovechemos este momento, será la última vez; pero es preciso que hablemos con seriedad. Siéntate aquí, á mi lado.

La joven lanzó una rápida mirada hacia la abierta ventana, y se sentó.

– Tienes ya veinticuatro años, – repuso el anciano con acento grave, – es decir que hace tres por lo menos que deberías estar casada... déjame hablar, no me interrumpas para decirme lo que tantas veces. Has tenido muchos pretendientes, entre ellos algunos que sólo una loca como tú ha podido desdeñar...

– Pero, papá...

– ¿Qué esperas, á qué aspiras? ¿Supones que tu juventud y tu belleza van á ser eternas? ¿Crees que yo, anciano y achacoso, puedo morir tranquilo dejándote sola en el mundo?

– ¡Oh padre mío! – interrumpió Carmen, – aun vivirás muchos años.

– Por acceder á tus raros deseos de omnímoda libertad, vivimos largas temporadas en estos sotos de Arganda, como si fuéramos reses bravas, y yo cumplo malamente mis deberes de senador...

– Pero, papá, ¿por qué quieres privarme de mi felicidad? Soy rara, excéntrica, distinta de las demás mujeres, bueno; pero ¿tengo yo la culpa de ver la existencia por un prisma diferente? ¿Puedo yo acaso vencer mi repugnancia á esos goces de familia que proporcionan tan vulgares cuidados? Ya sé que se dice que no tengo corazón, que no amo á nadie. ¡Oh! sí, yo amo los esplendores de la naturaleza, la hermosura de los caballos, la libertad, el espacio infinito, las ardientes carreras á través de los campos que me embriagan de aroma y de alegría y... bajo pretexto de que todas lo hacen ¿debo renunciar á mis goces, encadenarme á un hombre, rodearme de seres débiles á los que haré y me harán participar de sus dolores? ¡Ah! eso es injusto. Déjame sola contigo, con mi noble caballo Spartaco; ¡qué importa que pase la juventud cuando el corazón es feliz!

Al hablar así, Carmen estaba encantadora, moviendo la cabeza con un ademán de leona joven, que hacía ondular sus magníficos cabellos.

– Tu primo Luis está tan enamorado que si le desdeñas morirá por tí.

– ¡Bah!

– Ayer me decía con lágrimas en los ojos: «si Carmen no me quiere, moriré.»

– No será tanto...

Un ruido que provenía del exterior interrumpió á Carmen, que se asomó á la ventana precipitadamente, satisfecha de eludir aquella enojosa conversación.

– Ya está aquí Luis,—dijo.—Adiós, papá; no quedes enfadado conmigo; ¡si supieras lo que me voy á divertir!

Y besando en la frente al anciano, bajó casi corriendo la escalera de la quinta.

– ¡Ah! – murmuró el marqués, – es imposible hacerle comprender que una joven no puede estar siempre á caballo, vagando por los campos, como una heroína de los libros de caballerías.

II

Carmen y Luis se alejaron al paso de sus caballos.

Ya á alguna distancia, la joven se volvió para mirar al edificio, admirablemente situado en una extensa pradera, no lejos del río Jarama.

Ambos jóvenes constituían una admirable pareja. Luis era guapo y esbelto, algo afeminado quizá, y tenía en su semblante una expresión de franqueza que atraía. Montaba con elegancia, pero con poco vigor, un precioso caballo ubedano. De vez en cuando miraba con ternura á su linda compañera, que era irresistiblemente fascinadora. Porque Carmen, en efecto, parecía haber nacido para estar siempre á caballo. Thalistris, la más varonil de las reinas de las amazonas, hubiera envidiado la firmeza y desembarazo con que la joven *caía* sobre su negro, gigantesco y vigoroso caballo Spartaco, *esclavo* de su dueña. Spartaco era un animal hermoso y terrible á la vez, y adivinábase su prodigiosa velocidad por la altura de su crucero y por el acerado vigor de sus corvejones.

Pero Carmen era un centauro, permítasenos la expresión, y cabalgaba sobre aquel rudo caballo tan tranquilamente como en un manso palafrén.

Eran las nueve de la mañana de una deliciosa de mayo. Hacía calor, el sol brillaba espléndido, y sin embargo de vez en cuando soplaba una brisa húmeda.

– Debe seguir por ahí cerca el temporal de estos días pasados,—dijo Carmen aspirando con delicia las frescas ráfagas de aire.

– Hay cerrazón lejana, hacia Toledo, – observó Luis, – y el aire sopla de ese lado.

Conforme adelantaban, la joven, quizá inconscientemente, avivaba el paso de su caballo. En cuanto á Luis no se daba cuenta de nada, embelesado en contemplar á su prima. Carmen apenas le miraba; su vista se fijaba en todas partes, parecía querer abarcarlo todo.

Cesó por completo la brisa; hízose sentir más el calor y la joven amazona se enjugó la frente con su pañuelo y dijo:

– Vamos á la laguna á descansar un momento.

La laguna está en un bosquecillo bastante espeso. Se ignora de dónde emana aquella agua clara y azulada; en el interior debe haber un manantial, porque el agua está siempre inmóvil, y no obstante se oye un ruido como el que produce una corriente subterránea.

Los dos jóvenes llegaron á la orilla. Carmen desmontó y ató su caballo á la añosa raíz de una encina, y se sentó, apoyando la espalda en ella, sobre el tronco de un árbol derribado. Luis, seguro de la docilidad de su jaca, dejóla enteramente libre y se sentó al lado de su prima.

Hablaron un momento, y Carmen quedóse medio dormida. Su primo no pudo menos de pensar:

«La veo, como todos, completamente indiferente; no tiene corazón más que para los caballos.»

Carmen despertóse como sobresaltada, y desatando lentamente su caballo, dijo:

– Luis, acabo de tener una pesadilla. He soñado que me volvía tan horrorosa, que me veía precisada á encerrarme en un sepulcro de piedra.

– ¡Sueños! – contestó Luis, – ¿cómo volverse fea la que es la más hermosa del mundo? Al menos por una vez permíteme que desahogue mi corazón. Carmen, escúchame: ayer se lo dije á tu padre, hoy lo repito delante de tí. Carmen, yo no puedo vivir sin tí; es preciso que atiendas á mis ruegos, que me ames, que seas mi esposa. Mira, Carmen; desde el primer momento en que te ví, después de tres años de viajes y de ausencia, comprendí que mi destino estaba ligado á tí irremisiblemente. Tengo ansia de tí, tus ojos me atraen y me fascinan; cuando me ausento de tí me parece que me falta aire respirable... ¡Oh! no te rías, no me mates, no tritures mi corazón. Sé mía! por Dios, sé mía; no me hagas que muera, pudiendo ser feliz!... No me contestas, – repuso Luis cada vez más exaltado, – no me dices una palabra, no me das una esperanza siquiera... ¡Oh! dime que dentro de un año, de veinte, todo el tiempo que tú quieras... Pero que seas mía, que pueda estrecharte entre mis brazos, besar tus cabellos que me enloquecen... Si no quieres unirte á mí para siempre, concédeme un instante de tus caricias en cambio de mi vida; yo te juro morir á tus pies... pero no; no concibo una dicha que puede acabarse; la gloria de los elegidos dimana de la idea de saber que es eterna.

Al decir estas palabras, Luis estaba pálido, en sus ojos brillaba una llama febril; sus brazos se extendían hacia adelante, como queriendo asir algo.



ORILLAS DEL RIO LEREZ, estudio al carbón por Galofre (D. Baldomero)

Carmen quizá tuvo miedo; aquella pasión inaudita se le reveló en toda su grandeza. No sabía qué decir y sólo se la ocurrió esta frase banal:

«Luís, no seas loco.»

– Oye, Carmen, – repuso el joven aproximándose más á su prima, – desde esta mañana me inquieta un pensamiento incesante; siento en mí la convicción de que el día de hoy decidirá del destino de mi vida. Cuando anoche al despedirnos me dijiste: «Primo Luis, mañana te espero para dar un paseo á caballo,» esta frase usual me produjo un efecto indecible; sentí como un golpe en el corazón; luego, ¡cosa inusitada! cuando me dormí pensando en volver á verte, tuve también pesadillas terribles; te ví mujer y espectro; me ví contigo en un lecho nupcial que de repente se trasformó en una inmensidad de abismo, en que caí impulsado por una vorágine espantosa... Carmen, hoy es el día, hoy tienes que contestarme: ¿quieres ser mi esposa?

La joven estaba perpleja; aquella pasión no la conmovía; pero la soledad de aquel sitio, la exaltación de aquel amor, los ojos de Luis en los que se retrataba el extravío, la asustaron.

– Carmen, – repitió Luis, – ¿quieres ser mi esposa?

Ella no contestó. Tenía á su caballo de la rienda. Súbito, apoyando un pie en el tronco en que antes había estado sentada, saltó sobre la silla, y dijo:

– Primo, seré tu esposa si me alcanzas.

Y se lanzó precipitadamente por el estrecho sendero del bosquecillo, que conduce á la llanura.

Luis no tuvo tiempo de detenerla. Montó en su caballo que vagaba libre, y corrió en pos de su prima.

III

Cuando salió al llano, Carmen se hallaba á alguna distancia. La joven marchaba al galope de su caballo, pero al ver á su primo le puso al escape.

Entonces comenzó una carrera loca.

Luis espoleó su caballo, que era un noble y vigoroso animal. A los pocos momentos consiguió acortar considerablemente el espacio que le separaba de su prima. Esta volvía de vez en cuando la cabeza, y al verse casi alcanzada, se inclinó hacia adelante gritando. Entonces Spartaco, el negro y gigantesco caballo irlandés, hizo un movimiento parecido á un bote, y cortando el aire como una flecha, volvió á ganar la distancia perdida. Dos veces Luis adelantó terreno hasta el punto de llegar á dos cuerpos de caballo de su fugitiva amada, y otras tantas vióse separado de ella. Comprendió que su jaca andaluza comenzaba á flaquear; y la rabia, la humillación de ser vencido por una mujer, causáronle una excitación nerviosa que hacía temblar sus manos, que sacudían violentamente las riendas.

Carmen, en tanto, proseguía su carrera. Sus ojos brillaban de un modo extraño. Iba contra viento y su flotante cabellera hacíale peso hacia atrás. Entonces, y durante un momento, se colgó la brida del brazo, y recogiendo sus cabellos, se los anudó por debajo de la barba. Marchaba al acaso, sin dirección fija, poseída también de un vértigo nervioso; quizá experimentaba una cosa parecida á las punzantes sensaciones del juego.

Spartaco lanzaba hondos resoplidos.

Por tercera vez la joven fugitiva vió á su primo que ganaba terreno, y preocupada con esto, no reparó en un obstáculo que se alzaba ante ella; era el linde de una heredad, formado de piedras y coronado de cambrones; Carmen conocía su caballo y no titubeó. Excitóle con la rienda y con la voz, y el animal, encogiéndose sobre sus corvejones, traspuso la valla de un limpio y vigoroso salto. A pocos momentos llegó Luis é hizo saltar también á su caballo; pero la jaca andaluza no era como Spartaco: saltó sí, más habiendo tropezado el casco de uno de sus remos traseros con una cambronera muy entrelazada y consistente, caballero y caballo vinieron á tierra.

Viendo el golpe, la amazona, que ya se hallaba algo distante, se paró y hasta dió algunos pasos para venir hacia su primo; pero al notar que éste se levantó instantáneamente, volviendo á montar á caballo, supuso que la caída era sin consecuencias, y prosiguió su carrera.

De repente Luis dió un grito de alegría.

Al trasponer un montecillo, Carmen, en su fuga, encontróse en situación apurada; en frente de ella y á muy corta distancia, había un río: el Jarama; á su izquierda, y casi encerrándola, en un ángulo muy agudo, se extendía una pared; su primo avanzaba por el lado derecho, y si intentaba retroceder, indudablemente la cerraría el paso. La pared constituía la cerca de un patio, en medio del que se elevaba una fábrica de fundiciones de hierro. El Jarama, apacible en su estado normal, aquel día ofrecía un aspecto extraño. Su nivel había subido, su corriente era más impetuosa y sus aguas estaban turbias y coloradas, arrastrando ramas, troncos de árboles y espesos vellones de légamo.

La amazona no tuvo tiempo de hacer estas observaciones, ó si las hizo en nada influyeron en ella; pues aproximándose á la orilla del río, hizo penetrar en él á su caballo. Spartaco no vaciló ni un instante; era un valiente animal *esclavo* de su dueña y además conocía el Jarama, por haberle vadeado varias veces.

Luis lanzó otra exclamación, no de sorpresa, porque conocía la loca temeridad de su prima; pero sí de despecho y de inquietud; el aspecto del río le sobresaltaba.

Pero aquel día, al entrar en el Jarama, Spartaco no halló tierra, como otras veces, y tuvo que nadar. Carmen no lo notó hasta que se halló á alguna distancia de la ribera, y siempre confiada en el vigor de su montura prosiguió impávida cortando la corriente; y mirando hacia atrás, hizo una graciosa mueca á su primo, que excitaba á su caballo á entrar en el río.

A medida que Spartaco avanzaba hacia el medio del Jarama nadaba con más dificultad, porque la corriente era cada vez más impetuosa. La audaz amazona conoció la imprevisión con que había obrado, pero ya no era tiempo de retroceder; además esto hubiera sido más peligroso, pues Spartaco tendría que *virar* casi en redondo, y por otra parte, orilla por orilla, tan distante se hallaba la una como la otra. Entonces sintió un impulso generoso; comprendiendo que el caballo de su primo no era tan resistente como el suyo, temió por él y volviendo la cabeza gritó:

«No pases, Luis; el río viene muy crecido.»

Era ya tarde. A fuerza de excitaciones y espolazos, Luis consiguió que su jaca penetrase en el agua, y nadaba á alguna distancia de la ribera. Spartaco cejaba y desde entonces Carmen sólo se ocupó en animarle y en salir de aquel mal paso. El caballo resistía, se dejaba á veces dominar por la corriente; pero recobrando fuerzas volvía á nadar ganando terreno poco á poco. Alzaba la cabeza como para tomar aliento; resoplaba, no de miedo, sino de cólera; decididamente Spartaco era un animal incomparable.

Era digno de su ama.

¡Qué hermosa estaba la amazona! ¡Cómo brillaban sus ojos, dominando con su mirada aquella corriente vertiginosa! ¡Qué altiva expresión de desdén plegaba sus finos labios! ¡Con qué gracia y desenvoltura levantaba la falda de su vestido para librarlo en lo posible del agua!

Spartaco perdía fuerzas. Faltándole solamente algunos metros para llegar á la orilla, no pudo más y se rindió á la corriente. Carmen sintió encogerse el cuarto trasero del noble bruto, con la convulsión que anuncia el cansancio supremo.

«¡Adelante, mi valiente Spartaco, adelante!» gritó la amazona, poniéndose casi en pie sobre el caballo. Al oir aquella voz tan conocida, el animal lanzó un resoplido y dió un avance de pecho, vigoroso; saltó el agua cubriéndole casi la cabeza; al mismo tiempo un tronco arrastrado por la corriente le golpeó en el anca; y entonces, al sentirse ciego y golpeado, su instinto hízole comprender que de aquel instante dependía su salvación; dió otro empuje hacia adelante y llegó á la ribera. Afortunadamente el río se desbordaba y Spartaco no tuvo que subir ni trepar.



VIAJE ALEGRE, cuadro de Alfredo Kobalski-Wierusz

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones celebrada en Munich, en 1889)



SEGADORAS, cuadro de Alfredo Seifert

(Primera Exposición anual de obras de arte de todas las naciones celebrada en Munich, en 1889)



AVES DE RAPIÑA, cuadro de Felix Eybel, grabado por Bong

El primer movimiento de Carmen al verse en salvo, fué acariciar el cuello de su admirable corcel, luego desató el nudo con que antes había recogido sus cabellos, se limpió el sudor con el dorso de la mano... miró hacia el río y exhaló un grito de angustia.

IV

Luis y su caballo iban arrastrados por la corriente.

Caballo y caballero habían luchado valerosamente, avanzando casi hasta la mitad del río, pero la pobre jaca, fatigada de la pasada carrera, menos fuerte que Spartaco y llevando más peso encima, no pudo resistir y se dejó llevar por el agua, insensible ya á las excitaciones de su jinete.

Este era nadador, y comprendiendo lo inútil y peligroso de arrojarse á la corriente, permaneció montado para ganar tiempo y esperar cualquiera incidente que pudiese salvarle. Pero el caballo se hundía en el río, arrastrando con él á Luis, que abandonó la silla, pero no la brida del animal. Este, desembarazado de su peso, volvió á nadar algunos momentos, pero estaba rendido y fué sumergiéndose otra vez en el agua. Luis le vió desaparecer, y soltó la rienda que hasta entonces había tenido asida.

En este momento, Carmen, ya en salvo, le vió y exhaló aquella exclamación de angustia y quizá de remordimiento.

Luis nadaba, pero la corriente íbale llevando poco á poco. Carmen, que había pensado en desmontarse para aliviar del cansancio á su caballo, permaneció en la silla, siguiendo por la ribera la misma dirección en que su primo era arrastrado río abajo. Miraba hacia todas partes, por ver si descubría algún edificio ó persona á quien pedir socorro, pero aquella parte de campo es la menos poblada. Ni un campesino ni un pastor; todos, sin duda, celebraban en sus hogares la festividad del domingo.

Luis medio nadaba y medio se dejaba llevar por el agua. Súbito la amazona, que hasta entonces no había perdido su presencia de ánimo, palideció y detuvo su caballo. Casi en el comedio del río había cuatro postes de madera. Cuando la corriente conservaba su natural nivel, aquellos postes sobresalían del agua cerca de dos metros; pero en esta ocasión escasamente dejaban descubierta una cuarta. Carmen conocía el Jarama, sabía el destino de aquellos maderos, que indicaban la proximidad de una hoya, vió á su primo impulsado hacia aquel abismo inevitable y se estremeció.

¿Qué hacer, cómo salvarle? Al menos debía advertirle el peligro é hízolo así gritando. El aviso era inútil. Luis había visto los postes y sabía porqué estaban allí. Lo que era para Carmen causa de espanto, fué para él motivo de esperanza. Se consideraba perdido, pero si podía llegar á uno de aquellos maderos, asirse á él, resistir la corriente durante algún tiempo, daba tregua á la catástrofe y espacio para ser socorrido. Carmen estaba allí, pediría auxilio, vendría gente en su ayuda y le salvaría. El joven era muy alentado y no había perdido la serenidad.

Así, pues, fijó su conato en llegar al poste más próximo, y aunque *flotaba* y no nadaba, hizo un postrer esfuerzo, y se asió al madero. Por desgracia éste era grueso, y no pudo abarcarle con una mano, pero logró al cabo asirse á él, y trepó al extremo del poste, saliendo del agua hasta la mitad del cuerpo.

– ¡Carmen! – gritó – aquí espero, sálvame.

La joven oyó aquella voz y miró nuevamente hacia todas partes. Nada, ni un ser viviente.

No sabía qué hacer.

Por último se decidió á pedir socorro en un molino que se descubría á lo lejos.

– ¡Luis! – exclamó – resiste y espera.

Y espoleando á su caballo, se dirigió hacia el molino. Pero Spartaco estaba cansado, y apenas pudo salir del galope.

Carmen llegó al molino. Una mujer estaba sentada á la puerta.

– ¿No hay aquí ningún hombre, no hay nadie que pueda socorrer á uno que se ahoga? – preguntó aquélla.

– Aquí no hay nadie más que yo. Mi marido y mi hermano están en la acequia de más arriba.

– Corra usted á avisarles; dígales si quieren ganarse cien duros, salvando á un hombre. Vaya usted pronto.

– Al momento, – dijo la mujer, deslumbrada por la oferta y por la elegancia de Carmen.

La mujer se alejaba. – La joven, que no podía dominar su impaciencia, le gritó:

– Dígales usted que sigan la orilla, río abajo; allí les espero. Que vengan cuantos más puedan.

Y volvió al sitio en donde había dejado á su primo.

V

¡Horror! espectáculo terrible! Cuando llegó vió á Luis, ó mejor dicho, sólo vió la cabeza de Luis y una de sus manos que se asían convulsivamente al extremo del poste.

El río iba creciendo incesantemente.

El desgraciado joven estaba lívido, los ojos se le salían de las órbitas, tenía erizados los cabellos.

No había perdido el conocimiento. Vió á Carmen, y un relámpago de ira brilló en sus pupilas.

Hizo un postrer esfuerzo; se apoyó en la punta del madero, y sacando del agua casi todo el busto, exclamó:

– ¡Muero por tí, por tu egoísmo, por tus locos caprichos; maldita, maldita seas!

Y se hundió en el río.

Entonces ¡cosa inaudita! Carmen espoleó con furia á su caballo, y éste, antes tan fatigado, salió al escape á campo traviesa...

Caía la tarde, las nubes del poniente se tiñeron de un color encendido; sopló la brisa precursora de la noche.

El anciano marqués de Guadalimar estaba inquieto y disgustado. Había hecho sacar un sillón á la puerta de la quinta, y sentado en él, esperaba impaciente el regreso de su hija y de Luis. Habían salido á las once de la mañana; Carmen sabía que su padre tenía la costumbre invariable de comer á las cuatro en punto, y no obstante sus largos y frecuentes paseos, nunca la joven amazona habíase retrasado.

El marqués miraba hacia la senda que atraviesa la pradera, aguzaba el oído para percibir los pasos de los caballos... nada.

Por fin, oyó un ruido casi imperceptible; luego en la lejanía se diseñó una figura ecuestre, que se aproximaba con rapidez.

– Ya están ahí, – pensó el anciano. – ¡Gracias á Dios!

En efecto un jinete se acercaba. El marqués vió flotar una falda de amazona. No había duda, era Carmen.

Pero, ¿cómo sola? ¿qué había sido de Luis?

Carmen llegaba en una carrera vertiginosa.

– ¡Loca! – exclamó el anciano, pero quedóse asombrado al notar el aspecto de su hija. Esta gesticulaba y movía el látigo con ademanes de demente. Llegó junto á su padre, y sin detenerse, gritó:

– ¡Padre, no me esperes, no sé adónde voy!

Después su caballo describió un círculo inmenso, y llegó junto al puente colgante que hay sobre el Jarama, y Spartaco, ciego y desbocado, se estrelló contra uno de los pilares extremos.

Carmen fué lanzada un buen espacio, chocó con la cabeza en el borde del basamento del pilar, y quedó tendida en el suelo é inmóvil.

Tres días después, uno de los periódicos de más circulación publicaba el siguiente suelto:

«Una doble desgracia pesa sobre la distinguida familia de nuestro respetable amigo el señor marqués de Guadalimar. Trasladóse éste, según costumbre, en el pasado mes de abril, á la magnífica quinta que posee en el soto del Jarama, en compañía de su bella y elegante hija Carmen. Hace dos días la señorita de Guadalimar y su primo el vizconde de Jara-Real, que accidentalmente reside en Arganda del Rey, salieron á dar un paseo á caballo; y bien sea por causa de algún accidente fortuito, ó por imprevisión juvenil, el joven vizconde hase ahogado en una hoya del Jarama, y la simpática amazona, impelida por su caballo desbocado, se ha dado un violento golpe contra un pilar del puente colgante, de cuyas resultas ha perdido el ojo derecho. Omitimos comentarios y daremos detalles. Por ahora sólo apuntamos el rumor de que la bella y joven lesionada, tan pronto como se restablezca tomará el velo de religiosa en las Comendadoras de Santiago.»

F. MORENO GODINO.

FUEGO AL JUEGO!

¡El juego!

¡Qué de vituperios no ha llevado! ¡Qué de anatemas de moralistas y legisladores!

En todos los tiempos unos y otros se han levantado severos, indignados á perseguir ese monstruo de áureas escamas, que traidoramente se introduce en la sociedad y que, como la sirena, tiene también su música seductora para arrastrar incautos. ¡Y qué música! El *retenir de los dineros*, como decía el arcipreste de Hita.

No debemos por tanto extrañar que una vez más, que de seguro excede de la millonésima, en estos días se haya fulminado un nuevo *anathema sit* contra ese salteador de la paz de las familias, que en nuestros tiempos ha conseguido tener alcázares suntuosos en Mónaco, Baden y..... aun *aquende los puertos*.

Y perdiéndose su persecución en la noche de los tiempos, como dicen los sabios del origen de las cosas que ignoran, no será mucho que ahora corran también y se afanen infructuosamente los sacerdotes de Temis, empuñando su terrible espada contra el monstruo, sin mejor resultado que esgrimió la suya otro noble pero infortunado mejorador de abusos, el héroe manchego, contra el gigante Pandafilando de la Fosca Vista, á quien descabezó en forma de cuero de vino, cuando pensó hacerlo en su propia y descomunal persona.

Las pasiones no se suprimen: harto será que se refrenen.

Pero ya que está ahora la persecución sobre el tapete, ó *contra* el tapete, digamos cuatro palabras de otras y añejas cruzadas hostilizándole, y algo de cosas de antaño, al juego y los jugadores atinentes, y veremos que ni de perros, ni casi de collares se ha cambiado.

Pónese ahora, como novedad, en tela de juicio si el juego en vez de prohibido debiera ser reglamentado. ¡Medrados estamos con la novedad!

¡Aquí del rey!

Nada menos que todo un don Alonso el *Sabio*, el legislador inmortal de las Partidas, se ocupó ya en eso y mandó al egregio jurisconsulto maestro Roldán, que coordinase la obra titulada *Ordenamiento en razón de las tafurerías*.

Es decir, que aquel rey quiso ya en su tiempo que se formase un reglamento que rigiese en las *tafurerías*, ó casas de *tahures* ó jugadores.

Y aquí, apoyados por el sabio monarca y por otros escritores más modernos, hemos de volver todos por los fueros de la lengua castellana, por lo menos en lo que al *tecnicismo* de cosa tan importante como el juego se refiere.

Ser *tahur* constituirá un delito, pero no una deshonra.

Me explicaré.

En aquellos ya pasados tiempos en que en España se hablaba bien el castellano, aun remontándonos á cuando se resentía de cierta rudeza en la forma, no se confundía,

como hoy, la palabra *tahur*, con la palabra *fullero*, y hasta en el lenguaje bajuno de germanía, se contaba con la voz *florero*, para designar al último.

Harto lo sabía ya el rey de las *Querellas* y las *Cánticas*, que no hubiera mandado escribir un Ordenamiento para reglamentar tramposos, pero sí á los que tenían la flaqueza de dejarse llevar de la pasión del juego.

Hecha nos da un escritor del siglo XVII, don Juan de Zabaleta, la definición del *tahur*. Escribe en su *Día de fiesta:* «la palabra *tahur* dice jugador de naipes continuo y desenfrenado.»

Rojas en su comedia *La traición busca el castigo*, habla también del *tahur*, no del *fullero* cuando dice:

MOJICÓN Ella se fué y yo he quedado
Más solo en aqueste puesto
Que *tahur* á media noche
Cuando ha perdido el dinero.

Cuando Sancho Panza, ya gobernador, rondaba cierta noche en su ínsula, topó con un jugador y un mirón que le exigía barato, y aquél para negárselo aducía como razón que «los que esperan barato han de ser comedidos y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son *fulleros* y que lo que ganan es mal ganado» (Parte II, cap. XLIX).

Estas autoridades tan valiosas y otras muchas que pudiera aducir, demuestran la verdadera diferencia que en castellano existe entre las palabras *fullero* y *tahur* y que si esta última, como dice la Academia, tómase comunmente por el jugador fullero, no debe tomarse, en lenguaje correcto, porque no la tomaron los autores clásicos, que son autoridad en la materia.

Por cierto que también Cervantes, tan conocedor de su época y del corazón humano, estaba más por permitir, en ciertas condiciones, que no por perseguir el juego, y decía en el pasaje ya citado, que «pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algún oficial, donde cogen á un desdichado, de media noche abajo, y le desuellan vivo.»

A estos jugadores trasnochados llamábase entonces *modorros*, porque solían hacerse primero el dormido, para mejor *engarruchar* á los novatos ó *albillos*. Pero lo cierto es que por regla general nuestras leyes han perseguido desde muy antiguo á los jugadores, dictando severas disposiciones contra las *tahurerías* ó *tablas de juegos*, á las que el vulgo llamaba también *tablajerías*, comparándolas con las carnicerías, sin duda porque los jugadores se hacen en ellas pedazos unos á otros.

El rey Don Alonso el *onceno*, en el año 1367 prohibió jugar á las *tablas* ó dados á sus vasallos que iban á servirle á la guerra, so pena de 600 maravedises por cada vez. Asimismo mandó, hallándose en Madrid, que cualquiera que tuviese en su casa para jugar *dados* ó *naipes*, pagase pena de cinco mil maravedís cada vez ó cien días de cadena.

Este castigo era, como se ve, para los que tenían establecidos los garitos y así mandó que se quitaran los *tableros de juegos* y *tahurerías* de todas partes y no los hubiera en la corte.

Don Juan I, hallándose en Zamora en 1434, y Don Juan II en Toledo en 1468, dictaron disposiciones análogas.

Los Reyes Católicos en Toledo en 1480 prohibieron los *tableros públicos* para jugar juegos de *tablas, naipes, azares y chuecas*, prohibición que repitieron en Granada en 1494.

Muerta la reina Isabel, ordenaron Don Fernando y su hija Doña Juana I en Burgos, en 1515, que no se hicieran *dados*, ni se vendieran, ni se jugase á ellos.

Como se ve, por entonces era el juego de preferencia los *dados* y las *tablas*, hoy completamente en desuso, eso que pocos juegos ganarán en rapidez al de los dados.

Las tablas, si hemos de creer los poemas caballerescos antiguos, era juego en que se entretenían los paladines y no se desdeñaba de ver el mismo emperador Carlo Magno, y aun de echar su cuarto á espadas, según aquella estancia que dice:

Jugando está á las tablas don Gaiferos,
Que ya de Melisendra está olvidado,
Cuando el famoso *Carlos* y Oliveros
A ver el juego juntos han entrado,
Con otros valerosos caballeros
De aquellos de los Doce, que á su lado
Jugaban, y á su lado los ponía,
Porque esto su valor lo merecía.

Pero libros de caballerías á un lado, tenemos que la dicha reina Doña Juana y el emperador su hijo, mandaron en Madrid, en 1528, que no se pudiese jugar á crédito ni fiado, aunque fuese á los juegos permitidos.

Aquellos monarcas no eran favorables á lo que hoy llaman los prácticos *jugar de boquilla*.

Don Felipe, siendo todavía príncipe, en ausencia de su padre el emperador, dispuso á 22 de noviembre de 1553, que en un mismo día no se pudiesen jugar más de treinta ducados á la pelota y otros juegos permitidos.

En 1528 prohibió que se jugase á rifar, ni se echasen suertes, bajo pérdida de lo que se rifara, el precio y otro tanto.

Pero como el vicio del juego se había convertido en un *ejercicio común*, según hemos visto que decía Cervantes, las prohibiciones y persecuciones servían de poco y era preciso menudearlas.

Así Felipe II en 1575 dispuso que á los que se hallara jugando á juegos prohibidos, ó en más cantidad de la permitida, se les castigase con diez días de cárcel la primera vez, treinta la segunda y la tercera destierro de un año; y á los tablajeros, ó dueños del garito, dos años de destierro y 15,000 maravedís de multa.

Por cierto que por entonces debió introducirse el honrado juego de la *carteta*, á que Cervantes llamó *andaboba* en el Rinconete, por cuanto la pragmática de Don Felipe ordena que aquellas penas «se extiendan al juego que *agora* llaman de la *carteta*.» Estas penas quiso que se aplicasen también á otro juego de naipes llamado *los vueltos*. El vicio siempre fué muy fecundo en invenciones.

Corrían los tiempos y Felipe II seguía dictando disposiciones contra el juego, así que en 1593 hizo extensivas las penas de dados, vueltos y carteta, á los que jugaren *bolillo, trompico, palillo* ó *instrumento* que tenga encuentros, azares ó reparos.

No sin razón se llamó á tal rey el *Prudente*. Como por esto se advierte, preveía desde su celda del Escorial, el advenimiento de la *ruleta* y los *borregos*.

Juan Tarafe llamaban los jugadores en su jerga á los dados, que los fulleros sabían preparar cargándolos ó sea rellenándolos de plomo, para que cayesen como mejor les convenía; á estos daban el nombre de *fustas* y los llevaban «de reserva entre los dedos, para valerse de ellos cuando lo hubiesen menester (1),» pues este juego de dados tenía para el fullero mucho de juego de *Masicoral*, como entonces se llamaba á lo que ahora decimos prestidigitación.

Las barajas sufrían también en manos del fullero máculas, que las preparaban para la ganancia ilícita.

Entre estas *flores*, como se llamaban, contábanse el *raspadillo*, el *garrote de moros*, la *ballesta*, de que habla el citado Estebanillo, el *humillo*, para el que Rinconete se jactaba de tener buena vista, y otras.

Los naipes recibían, entre otros nombres, el de *bueyes* y las barajas el de *huebras*. A uno y otro se refiere un romance germanesco que dice:

Diez *huebras* lleva de *bueyes*,
Cada cual es con su flor,
Con la *raspa* y *cortadillo*,
Tira, panda y *ballestón*,
El *alademosca* lleva
Y también el *cigarrón*,
También llevaba las *ocho*
Y las *doce*, por mejor.
Otras gracias porta el *baile* (2),
Otras gracias y otra *flor*.

En el entremés de Cervantes, *La Cárcel de Sevilla*, el preso Barragán llama también *bueyes* á los naipes.



LA FIESTA DE SAN BARTOLOMÉ EN SITJES, cuadro de Felipe Masó

Aunque del rey Felipe III se cuenta que era muy aficionado á jugar á los naipes, en su tiempo se persiguió también el juego, y jugadores de alto copete fueron por entonces castigados.

Así al famoso don Juan de Tassis, conde de Villamediana, se le hizo salir de la corte, lo mismo que á don Rodrigo de Herrera, porque el conde había ganado más de 30,000 ducados, y Herrera, menos afortunado, perdido más de 20,000, sumas harto crecidas para entonces. También del marqués de las Navas se refería que tuvo pérdidas semejantes, sufriendo por ello asimismo el destierro.

A otros cuyas pérdidas ó ganancias no fueron tan cuantiosas, no los mandaron salir, pero, añade el autor contemporáneo que todo esto refiere (3): «con el ejemplo de la demostración que se ha hecho, se reformarán de aquí adelante en el juego los demás.»

La historia demuestra que á los jugadores no se les extermina, y que las múltiples cabezas del monstruo del juego son inextirpables, como las del Cancerbero de la fábula.

Hallar un medio que encauce todo lo posible las funestas consecuencias de esta pasión, es lo más á que pueden llegar moralistas, políticos y legisladores.

JULIO MONREAL.

(1) Así lo refiere *Estebanillo González* (Cap. I).
(2) *Baile*, significaba en aquel lenguaje, lo mismo que *ladrón*.
(3) Don Luis Cabrera de Córdoba, en sus *Relaciones*.

NOTICIAS VARIAS

PROYECTO DE UNIÓN CENTRO-AMERICANA

La reconstitución de la antigua República de la América Central ha dado un paso de avance en el tercer Congreso centro americano reunido recientemente en San Salvador. Ante los delegados de las cinco repúblicas de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Salvador el representante de Guatemala ha presentado un proyecto de unión cuyos puntos substanciales son los siguientes:

Los delegados provistos de plenos poderes de sus respectivos gobiernos proclaman la unidad de los pueblos bajo la denominación de República de Centro-América regida por un Ejecutivo nacional.

El servicio diplomático y consular se hará en nombre de la República de Centro-América y los funcionarios que desempeñarán estos cargos serán designados indistintamente entre los individuos de los diversos Estados.

Queda, sin embargo, decretado que los Estados no renuncian á su autonomía é independencia en todo lo que concierne á la gestión de sus asuntos interiores.

El poder Ejecutivo nacional que se creará estará revestido de todas las facultades necesarias para que pueda perseguir eficazmente la unificación definitiva unificando los distintos intereses.

Inmediatamente después de instalado el gobierno de Centro-América, los Estados redactarán una ley expresa que proteja y garantice la propaganda en pro de la unión, ora en la tribuna ora en la prensa, y que fomente la creación de asociaciones que sean el núcleo alrededor del cual se agrupen todos los partidarios de aquélla.

Fundado en la consideración de que las relaciones comerciales son el más poderoso lazo de unión entre los pueblos, dispone el pacto que se invite á los gobiernos de Salvador y de Guatemala á construir sobre el río Paz un puente que facilite el cambio de sus productos. Desde que empiece á funcionar el nuevo gobierno, la correspondencia de ó para los Estados pagará únicamente dos centavos sobre el peso mínimo que reconocen las tarifas y se concederá una prima de 60.000 pesos á la Compañía que establezca el servicio de cuatro vapores de 500 toneladas lo menos para el cabotaje entre los puertos de Centro-América y los de Acapulco y Panamá. El Ejecutivo nacional se entenderá con la *Pacific Mail* para la reducción de fletes y pasajes, promoverá la construcción de ferrocarriles de uno á otro extremo del istmo y tomará la iniciativa de exposiciones centro-americanas que estimulen el comercio, las industrias y las relaciones interiores.

Además será libre entre los Estados el tráfico de productos naturales y de los manufacturados con primeras materias originarias de Centro-América á menos que sean artículos de comercio ilícito en los países en que se quiera introducirlos ó que el gobierno los explote por su propia cuenta.

Para completar las atribuciones del nuevo Poder Ejecutivo nacional, éste no sólo está encargado de acreditar y recibir á los agentes diplomáticos y consulares y de firmar tratados ó convenios que interesen á toda la América central, sino que también tendrá el derecho y el deber de resolver como árbitro las diferencias que surjan entre los Estados, de proveer á la defensa y á la integridad del territorio y á la independencia de la República, á cual efecto los Estados concurrirán con las fuerzas y los recursos que el Ejecutivo nacional les señale, y de nombrar las comisiones que elaborarán los Códigos del Centro-



EN LAS LAGUNAS, cuadro de Meifrén (grabado por Sadurní)

América para unificar todas las ramas de la administración pública.

El período de duración de la presidencia de la República de Centro-América será de un año: este poder será ejercido por uno de los jefes de los cinco Estados designado por la suerte y será reemplazado, dentro del orden riguroso que de antemano se fije, por los jefes de los otros Estados.

Habrá un cuerpo consultivo compuesto de cinco consejeros, uno por cada Estado, cuyas funciones durarán asimismo un año: el voto de la mayoría de este cuerpo será indispensable para la validez de los actos del Ejecutivo.

La Dieta centro-americana continuará reuniéndose cada año, pero á partir de 1890 los delegados serán en número de quince, tres por cada Estado; uno como representante del jefe del Estado, y dos como delegados del respectivo Congreso.

El día 15 de setiembre de 1890 se inaugurará de hecho el gobierno nacional y á partir de esa fecha las Repúblicas renunciarán á esta denominación para llamarse *Estados de la República de Centro América*, en cuyo nombre serán autorizados todos los documentos y actos oficiales de cada Estado, y se restablecerá la antigua bandera centro americana que será la insignia del gobierno en los Estados extranjeros. También la adoptarán los Estados pudiendo cada uno de éstos poner en el centro de la misma como signo distintivo su escudo particular.

Créese que en los diez años que seguirán al 15 de setiembre de 1890 la idea habrá echado hondas raíces en los espíritus más refractarios, y en el caso de que la mayoría de los centro americanos manifieste el deseo de hacer definitiva la unión provisional, el Ejecutivo convocará una Asamblea Constituyente compuesta de veinticinco representantes de cada Estado.

Si ese movimiento de la opinión no se realizara en el intervalo de diez años, esa convocación se hará sin falta el día 15 de setiembre de 1900. Si el pacto no fuese entonces ratificado por unanimidad, pero lo aprobara la mayoría de los Estados, éstos se unirán bajo la denominación de «República Mayor de Centro-América.»

Este proyecto leído en la sesión que celebró la Dieta el día 22 de setiembre fué aprobado en su totalidad. La Asamblea nombró inmediatamente una comisión encargada de examinar las estipulaciones de este pacto.

(De la *Revista Sud-Americana)*

LAS GOLONDRINAS MENSAJERAS

Se ha presentado al ministro de la Guerra de Francia una proposición para confiar á las golondrinas el papel que hoy desempeñan las palomas mensajeras.

La idea es buena pero no nueva. En efecto, Plinio nos habla de un caballero romano llamado Cecina, propietario de una cuadra de caballos de carrera, que se llevaba de Volterra, ciudad de Toscana, á Roma algunas golondrinas y las soltaba oportunamente para telegrafiar á sus amigos el resultado del concurso y la distribución de los premios corridos. Los pájaros volvían á sus nidos llevando las plumas teñidas del color del partido vencedor (1).

Este pasaje del naturalista es interesante en cuanto nos enseña que los romanos tenían carreras de *quadrigas* (carros tirados por cuatro caballos de frente) como hoy tenemos carreras de caballos, y que sus cocheros llevaban, como nuestros jockeys, colores distintivos. Del hecho de este uso de las golondrinas mensajeras puede conjeturarse, que á propósito de aquellas carreras se cruzaban importantes apuestas Quizás había en Roma agentes parecidos á los modernos *bookmakers*.

Lo cual prueba, una vez más, que los inventos verdaderamente originales son rarísimos.

En tiempo de guerra, los antiguos empleaban ya la golondrina tal como se la quiere emplear actualmente, es decir como mensajera. «Fabio Pictor-dice también Plinio – refiere en sus Anales que un puesto romano bloqueado por los ligurios le expidió una golondrina arrebatada á sus pequeñuelos para que atándole un hilo á la pata indicara por un número de nudos el día en que llegaría su ejército de socorro, fecha en la cual los sitiados verificarían una salida combinada (2).»

Los actuales promotores del uso de las golondrinas para los fines de la guerra, pretenden que se necesitan de dos á cinco semanas para amaestrar á estos pájaros, en lo cual no están de acuerdo con los antiguos que consideraban á la golondrina como indócil (3).

Esta cuestión de adiestramiento merece ser detenidamente estudiada.

(De *La Nature.)*

(1) PLINIO, *H. nat.* X. XXXIV
(2) PLINIO, *loc. cit*
(3) PLINIO, *Hist. nat.* X, LXII



LA VENDIMIA, jarrón fabricado por Mrs. Minton y C.ª según dibujo de M. Solon, por el procedimiento de pastas sobrepuestas *(Exposición Universal de París)*

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria